

La criatura cayó de espaldas con el arma clavada profundamente. Terroll continuaba aferrado al mango, respirando agitadamente, pero el cuerpo estaba inmóvil.

El resto, sorprendidos, se acercaron lentamente para rodearlos, por un lado aliviados de que todo acabara pero por otro, temerosos e incrédulos.

De pronto, el simio abrió los ojos y lanzó una fuerte patada acompañada de un rugido que hizo volar al verdugo varios metros.

Los demás reaccionaron al instante retrocediendo en guardia. Si aquello no había acabado con aquel ser de hielo, nada lo haría.

El terrible simio se levantó de un salto, todavía con el arma del verdugo clavada en el pecho. La agarró por el mango y se la arrancó mientras gritaba.

Los compañeros no podían hacer otra cosa que mirar, atónitos. Terroll a varios metros, se levantó a duras penas.

La criatura terminó de extraer el arma, miró furioso al verdugo y la lanzó con fuerza como si de una lanza se tratara.

Terroll recibió el impacto en el hombro izquierdo y fue arrastrado hacia atrás hasta chocar contra una estalactita, donde quedó clavado. La extraña hoja atravesó el hombro, por suerte, justo encima del pulmón, sin afectar a ningún órgano vital.

Shun, asombrado e inmóvil junto a la bestia, no vio venir el puñetazo y pronto hizo compañía al verdugo junto al cono de hielo. La criatura, por su parte, se giró hacia el resto, que aún le miraban con miedo en los ojos mientras veían que el agujero del pecho se cerraba como por arte de magia.

- No hay manera... - Dijo Kitzete.
- Tiene que haberla, Kitzete. – Respondió Kodron. – Sólo hay que encontrarla.

Pero no pudieron seguir conversando. La criatura, incombustible, volvió a la carga y tuvieron que concentrarse en no ser arrollados.

Durante uno de los ataques, el simio intentó patear el pecho de Kodron. Éste lo vio venir a tiempo y concentró su mente un segundo para usar una técnica potente de contraataque. El siniestro monje dio un salto hacia atrás, con lo que la criatura falló, y acto seguido volvió hacia delante, apoyó el pie derecho y giró sobre sí mismo para propinar una patada trasera al monstruo.

En el momento del impacto, la energía se liberó propulsando hacia atrás el cuerpo peludo.

Sin embargo, aquello no acababa allí.

Kodron se afianzó en el suelo, puso sus brazos hacia atrás y concentró su energía en el calor de su cuerpo, aumentándolo y manipulándolo mientras el aire a su alrededor siseaba por el calor.

Una vez más, igual que en el templo del bosque, los ojos del monje se tornaron pequeñas esferas de fuego, justo antes de que la energía fuese liberada.

La bestia, en seguida, notó el calor que Kodron desprendía. Casi podía quemarle desde la distancia, así que no podía permitir que aquel ser inferior, aquel humano, consiguiese llegar a la temperatura necesaria. Instintivamente, cargo su energía y liberó una nueva oleada de hielo contra el siniestro monje.

Esta vez, el ataque no fue tan efectivo como la anterior, puesto que el calor que Kodron desprendía era demasiado intenso, pero al menos frustró el ataque al conseguir romper su concentración.

El monje intentó por todos sus medios mantener el calor a su alrededor, pero la fuerza del frío hielo era demasiada y al final, acabó cediendo y cayendo al suelo extenuado.

No obstante, el resto del grupo había visto la escena y Se-Wei lo se percató de que era la primera vez que el bicho mostraba algún tipo de desesperación. Sólo necesitaban lo contrario al frío, por supuesto, pero estaba claro que no sería suficiente con las dos o tres antorchas que tenían, no, y no tendrían tiempo de preparar un buen fuego antes de que aquella especie de gorila helado les pateara todos y cada uno de los huesos del cuerpo.

Y tampoco les dejaría pensar, porque al instante, la bestia le lanzó a un nuevo ataque. Cierto es que aquella demostración de poder le había debilitado, podían notarlo en la fuerza de los golpes, algo menor, pero aún así, muy peligrosos.

Su primer objetivo fue el ciego. Éste consiguió esquivar un puñetazo agachándose y una patada con un salto hacia atrás, pero cayó bajo la fuerza de un potente manotazo. Su cuerpo rebotó en el hielo, de espaldas, y perdió el aliento de inmediato.

La bestia se acercó para rematarlo. Lo miró furioso a los ojos y alzó el enorme puño tan lejos, desde el punto de vista del ciego, que le pareció que descendería del mismísimo cielo.

Pero de pronto, soltó un tremendo alarido y cayó de rodillas. El ciego se dio cuenta de que Benisato, aprovechando la distracción, se había acercado por detrás para cortar las piernas del monstruo, justo a la altura de las rodillas.

Se-Wei Lo reaccionó y golpeó el rostro no el bastón, lo que le dio el tiempo justo de levantarse con un salto hacia atrás. Acto seguido, bateó el cráneo de su oponente, un golpe que, de ser un ser humano quien lo recibiera, tendría que buscar su cabeza en otro continente.

Pero el simio de hielo no caía.

Los pocos que quedaban en pie, Benisato, Se-Wei Lo, Kitzete y Shun, no daban crédito a lo que veían. No había forma de acabar con aquella pesadilla.

Y para colmo, la criatura, en ese momento a cuatro patas, apoyaba un pie y comenzaba a levantarse de nuevo.

Benisato observaba la escena incrédulo, con una mezcla de miedo y rabia en su interior, puesto que daba igual lo que intentaran, aquel ser conseguía salir ileso. En ese momento, notó algo en su pie derecho, como una pequeña corriente y bajó la mirada.

Tenía la bota sobre un pequeño reguero de agua procedente del goteo constante de alguna estalactita y la pequeña fuerza que notaba no era otra cosa que el agua corriente. Sin embargo, la superficie no era inclinada, ni se trataba de un caudal suficiente como para notarlo, lo cual extrañó de sobremanera al perspicaz espía.

Éste siguió el agua en el mismo sentido en el que se movía y descubrió que desaparecía bajo una de las patas de la enorme bestia.

- ¡Fijaos! – Dijo en voz alta a los demás, señalando el pie del simio.

Los demás hicieron caso, pero no podían ver lo que, al parecer, su compañero había descubierto. Benisato vio la cara de desconcierto y se acercó a su encorvado compañero.

- Allí. – Le señaló, pero Shun seguía sin poder verlo y así se lo hizo saber al espía encogiéndose de hombros.

- Está absorbiendo el agua del el suelo. Creo que no podemos hacerle daño de verdad porque es parte del entorno.

- Ya entiendo. – Contestó Shun, a quien de repente, se le hizo la luz. – No es parte de entorno. Es... el entorno, es su alma.

- ¿Y como conseguiremos salir de esta pesadilla? No tenemos fuerzas para luchar contra el alma de un templo creado por todo un dios. – Preguntó el espía.

- No podremos. – Contestó franco su compañero. – Nosotros no, pero sé quién lo hará.

- ¿Quién? – Quiso saber Benisato.

Pero no obtuvo más respuesta que una mirada seria de su compañero.

Shun obligó a retroceder al espía con una mano. En realidad, iba a intentar algo que no había hecho jamás, más allá de burdos ensayos dirigidos por su madre en la infancia, por lo que tampoco conocía bien los posibles efectos secundarios tanto para él como para los demás.

El espía se apartó despacio, con más curiosidad que temor, hasta que se reunió con los demás a unos metros.

Su compañero Guotshu cerró los ojos y comenzó a respirar hondo. Cada vez más profundamente, intentando conectar con su propio espíritu. Para su sorpresa, no le costó mucho tiempo y en seguida

pudo concentrarse. Pronto comenzó a sentir algo, una fuerza inmensa y amenazadora que identificó rápidamente como el simio, pero aquello no acababa allí. Había algo más. Esa fuerza procedía de otra más poderosa que habitaba en lo más profundo de la montaña. Esa era la energía que Shun buscaba.

Cuando la encontró, se aferró a ella e intentó con todas sus fuerzas atraerla hacia él, hasta que cedió.

El resto de sus compañeros permanecían inmóviles detrás de Shun, sin percatarse de lo que realmente estaba ocurriendo.

La bestia, hasta el momento inmóvil, pareció recuperarse del todo. Durante el proceso, ninguno de aquellos insignificantes futuros cadáveres, le había atacado, por lo que pudo recargarse mucho más de lo esperado. Se sentía perfectamente, casi como si el combate hubiera empezado justo en ese instante.

Notó perfectamente que algo se estaba fraguando y fijó la vista en Shun. El guerrero no se movía, pero podía intuir que se disponía a atacar. Así que decidió anticiparse y eliminar la amenaza de una vez por todas. Aquel juego duraba demasiado.

Rugió ferozmente e inició una pesada carrera hacia su objetivo.

El encorvado guerrero no se movía un ápice y la bestia se acercaba peligrosamente en un ataque que se perfilaba como mortal. El resto del grupo, incapaces de reaccionar en un primer momento, contenía el aliento, hasta que la bestia estuvo a un par de zancadas de su compañero. En ese momento, sólo Benisato acertó a gritar.

- ¡¡Shun!! – Dijo el espía estirando su mano hacia el Guotshu, como intentando alcanzarle desde la distancia.

Pero justo antes de producirse la tragedia, los tatuajes de Shun brillaron con una fuerza cegadora que obligaron a todos a apartar la mirada, incluida la bestia, que debido a la luz, tuvo que abortar el ataque inmediatamente y taparse los ojos.

Al cabo de un par de segundos, el fulgor disminuyó, lo que permitió a todos volver a mirar. Los tatuajes del encorvado guerrero continuaban brillando con un fulgor blanco, pero estaban moviéndose sobre la piel de Shun. Al principio parecía un movimiento aleatorio, pero pronto tornó una danza que los dibujos bailaban sobre su cuerpo. Finalmente, se deslizaron por el cuerpo hasta desaparecer en el suelo de la caverna, hundiéndose en el hielo hacia un destino incierto.

Casi inmediatamente, el entorno respondió y un tremendo temblor los hizo caer a todos. El suelo frente a Shun se combó, para después levantarse en un cono de hielo del que una figura humanoide tomaba posesión.

El proceso duró sólo un minuto y al final, frente al grupo se encontraba un ser de hielo procedente de la montaña, un avatar.

La criatura mediría unos cinco metros y tenía una complexión el doble de fuerte que el simio, sólo que su cuerpo era de puro hielo en bruto, como una gema en proceso de talla.

Los brazos, largos hasta las rodillas, terminaban en unas manos de tres dedos capaces, por sí solas, de agarrar a un hombre por la cintura. Y las piernas, como dos columnas prometían una gran fuerza y potencia.

Carecía de rasgos faciales y apenas se distinguía la cabeza del tronco, salvo por tres hendiduras en lo que sería el centro de la cara, pero no había nada más que hiciera distinguir una boca unas orejas.

Shun calló de rodillas, exhausto, y en seguida, los demás fueron a sujetarle. Prácticamente en volandas, lo apartaron de su creación.

El avatar, apenas se paró a estudiar la escena, como si ya supiera cuál era su objetivo y dónde buscarlo. Se lanzó hacia delante, al ataque.

Su potencia era devastadora. Con cada paso, el hielo bajo sus pies se quebraba, levantando grandes bloques, pero además, poseía una velocidad endiablada, sobre todo, teniendo en cuenta el cálculo del peso que podría tener un cuerpo de semejante tamaño.

Llegó junto a su objetivo en un instante y éste, por primera vez estaba en clara desventaja. El primer puñetazo ni siquiera lo vio venir y el golpe lo lanzó hacia atrás como disparado por un cañón. Aún así, el avatar no paró en su carrera y siguió golpeando al simio mientras éste volaba hacia atrás. Pudo darle, en total, unos veinte golpes, aunque era difícil calcularlo, teniendo en cuenta la velocidad a la que se movía.

Al final, en un último puñetazo tipo martillo, paró en seco el vuelo del simio para clavarlo, literalmente, en el suelo. La bestia rompió con su espalda varios centímetros de hielo, haciendo saltar numerosas esquirlas.

Ya con su oponente inmóvil, el avatar se giro para volver despacio, tranquilamente, hacia su creador.

Los compañeros no daban crédito.

Pero el asombro duró poco tiempo. Mientras el avatar avanzaba hacia ellos, el simio se levantaba de nuevo a su espalda, lentamente.

La creación de Shun se paró en seco, como si hubiera notado la presencia, y se giró lentamente. El simio, al parecer recuperado, volvió a rugir ferozmente y sus ojos relucieron con un fulgor azulado. Con un movimiento de sus manos hacia delante, lanzó varias púas de hielo surgidas del hielo que los rodeaba por todas partes.

Hicieron un blanco perfecto y se clavaron en el cuerpo del avatar hasta atravesarlo. El monstruo se lanzó al ataque y con un rugido mucho más potente se acercó de un salto enarbolando un puño devastador.

Para su sorpresa, el avatar lo agarró por el cuello en el aire con una sola mano, parándolo en el acto y frustrando su ataque, sin moverse, como sin esfuerzo, pero demostrando una fuerza increíble. El simio no podía hacer otra cosa que sujetar y golpear la tenaza que lo aprisionaba, sin éxito.

El avatar, lentamente, se acercó a su oponente a lo que sería la cara, mientras el simio mostraba evidentes signos de desesperación. En ese momento, las púas clavadas se fundieron con el cuerpo del avatar, provocando que éste creciera aún más.

Cuando el proceso acabó, la criatura era descomunal. Agarró al simio con ambas manos, una por el cuello y la otra por una pierna, lo alzó sobre su cabeza y tiró con fuerza.

Aquel desmembramiento fue lo más desagradable que ninguno de los compañeros todavía conscientes recordarían en el futuro.

El avatar arrojó los pedazos del simio muerto al suelo, y el cuerpo sin vida de la bestia se deshizo en agua inmediatamente, formando un enorme charco que pronto desapareció entre los surcos del suelo. Seguidamente se giró hacia el grupo y, sin más dilación, él mismo se derritió, volviendo a formar parte del entorno helado. Sin un solo sonido, sin expresión. Por supuesto la sensación de alivio era general a todos, pero por otro lado, se encontraban un tanto desconcertados. ¿De dónde había salido la bestia? Y además, ¿cómo Shun había podido invocar semejante monstruo?

El Guotshu volvía a tener sus tatuajes en su lugar, aunque se encontraba realmente cansado. Le costaba respirar y sentía un profundo dolor en todos y cada uno de los rincones de su cuerpo, pero aguantó el tipo y consiguió permanecer de pie sin la ayuda de nadie.

Yarami se despertó de su sueño inducido a base de golpes. Al abrir los ojos, un Sorai empapado la miraba con preocupación.

- ¿Estás bien, mi felina dama? – Preguntó el apuesto joven con una tierna sonrisa.

Yarami se levantó como un rayo para abrazar fuertemente a su compañero.

- Vaya, ¿eso es un sí? – Volvió a preguntar Sorai algo sorprendido.

Yarami se apartó rápidamente, avergonzada.

- Idiota, pensé que habías muerto. – Dijo volviendo a esa expresión avinagrada habitual. Gesto que no surtía ningún efecto en su compañero, más bien, le hacía algo de gracia.

- Si quieres saber la verdad, yo también – Afirmó Sorai con expresión seria.

Yarami cambió su rostro. Se la veía realmente preocupada.

- ¿Os encontráis bien? – Preguntó Kitzetze acercándose corriendo por detrás.

- No te preocupes por nosotros. – Respondió el apuesto joven. – Estamos bien.

Kitetze los miró y se percató de la forma en que Yarami miraba a su compañero. Aquello no era sólo preocupación. De repente, se sintió algo incómoda y su cara se ruborizó.

El resto llegó a su altura. Kodron por su parte, ya se había levantado y, aunque se encontraba un poco mareado, intentó arrancar el arma de Terroll del cuerpo de su compañero y de la columna de hielo en la que se encontraba clavado.

Benisato, viendo los vanos esfuerzos del siniestro monje, corrió en su ayuda y juntos consiguieron liberar a su compañero, quien dio un fuerte alarido de dolor cuando la hoja metálica salió de su hombro. Cayó directamente al suelo, de rodillas, no tenía fuerzas ni para mantenerse erguido.

De repente, la actitud de todos, exceptuando Kitzetze, cambió. Los siete compañeros se cuadraron, como si escucharan un sonido para el resto inaudible, y se giraron hacia el centro de la caverna.

Como guiados por otra conciencia, todos comenzaron a caminar hacia un punto. Kitzetze no se atrevía a pronunciar ni una sola palabra, se limitó a observar. Ya había presenciado aquella escena antes, en el templo del bosque, pero volvía a sentir la misma desazón. Sin embargo, no quería intervenir, por si aquello empeoraba las cosas.

Un poco más adelante, una zona rectangular en el suelo brilló intensamente unos instantes. Cuando los compañeros estuvieron todos a su alrededor, la potencia de luz aumentó considerablemente y de aquel lugar surgieron otros siete brazaletes, exactamente iguales que los encontrados en el templo del bosque.

Los siete, otra vez al unísono en una coreografía ensayada, agarraron una pieza cada uno y las ajustaron a sus brazos sin dificultad alguna.

En su mente hubo un nuevo estallido, como si hubieran despertado a un nuevo nivel de consciencia, y pronto comenzaron las imágenes.

En ellas, todos vieron fragmentos muy cortos de su vida, algunos buenos y otros no tanto. Era como ver la vida de cada uno en diapositivas, pero colocadas en orden inverso, es decir, viendo primero los acontecimientos más actuales y posteriormente, viajando hacia atrás en el tiempo.

Más o menos, todos recordaban su pasado perfectamente, por lo que no obtuvieron nada nuevo, hasta el momento en el que todos llegaron a su nacimiento

Sorai, quien recientemente, y gracias a los ancianos Guotshu, había averiguado cuál era su verdadero origen, volvió a vivir las escenas con especial interés. Volvió al frío de la noche en el desierto, a la arena, a las tiendas, a su madre. Una mujer cuyo precioso rostro había olvidado, pero que gracias a los últimos acontecimientos, lo había recuperado y a partir de entonces no lo olvidaría jamás.

Yarami volvió a recorrer su vida hasta llegar al templo de Missy. Revivió la escena de la pelea con aquel joven presuntuoso y eso le ponía furiosa. Pero continuó hacia atrás y llegó un momento en el que abandonaba aquel templo. Las imágenes eran borrosas puesto que no tenía ningún recuerdo consciente de aquella etapa, y además, ella sería un bebé de apenas unas semanas de vida. Su instinto le advirtió de que el escenario había cambiado. Había mucha más vegetación, tal vez una selva, pero no estaba sola, muchos otros estaban con ella. Notó una gran fuerza procedente de una figura enorme y un amor inmenso de otra más pequeña, pero en aquel momento se encontraban bajo una gran tensión. Estaban siendo atacados.

Kodron, al igual que los demás, regresó en el tiempo a su más tierna infancia. Recordando a sus padres y a un hermano que pronto murió a causa de una tremenda fiebre, apreció un pequeño detalle.

Los tres, tenían un rasgo característico que él no poseía, los ojos. Todos de color marrón y la parte blanca del globo ocular un tanto grisácea. Pero él no. Sus ojos eran negros como la noche sin luna y el resto tan blanco que parecía relucir. Aunque en el pasado había apreciado ese detalle, nunca le había dado ninguna importancia. Pero algo había cambiado al respecto y por primera vez en su vida se planteó quién era él y si de verdad aquella era su familia.

Se-Wei Lo se movía en una vorágine de instantáneas, pero no conseguía centrarse en ninguna. De vez en cuando, podía fijarse en algo durante un momento, pero pronto volvía a cambiar. Primero en la aldea de Tong, luego durante sus primeros entrenamientos y, finalmente, su encuentro con Si-yanue, cuando sus ojos cambiaron, cuando su vida cambió.

Terroll intentó resistirse a ello con todas sus fuerzas, pero aquello que dirigía su mente era demasiado poderoso y no era capaz de frenar. De vuelta en Sonä, las muertes, los ajusticiamientos y las palizas volvieron a él con todo su dolor y, cuando dejó atrás todo aquello, su mente quedó fija en una cosa, la imagen de su madre mirándole a los ojos mientras era brutalmente violada. Quiso gritar, pero era imposible.

Benisato era, sin duda, el más enigmático de todos. Con el rostro oculto tras aquella máscara diabólica, su pasado como espía y, váyase a saber qué más, infundía respeto en el resto de sus compañeros, aunque hubiera demostrado en varias ocasiones que era una persona de la que se podían fiar. Pero desde qué se habían puesto los primeros brazaletes, algo le instaba a desconfiar. Ya no tanto de sus compañeros, sino de aquellas piezas. Recordó de nuevo el capítulo del encargo que había revivido durante la noche en la tienda de los ancianos Guotshu, viendo como robaba aquella reliquia para su nuevo amo. Aquella cosa le había llamado y su cuerpo no podía resistirse. Eso no le gustaba. No quería perder el control.

Shun no tuvo unas visiones, como los demás, de su vida o su pasado. Él se vio donde estaban, en la misma caverna pero rodeado de una multitud de los suyos. En el centro, a unos pocos metros, una figura imponente recitaba algo inaudible y todos le miraban, aunque él no podía verlo bien. A su lado, una mujer de aspecto regio admiraba la escena con semblante serio pero orgulloso. Shun la sintió como su madre, o como la madre del joven a través de cuyos ojos él estaba mirándola. Sin duda, una mujer de carácter, una reina. Y aquel poderoso hombre podría ser el rey. No obstante, estaba seguro de que observaba un acontecimiento muy anterior a su nacimiento, como si aquello fuera el principio de todo, de su pueblo, de su historia. Un grupo de ancianos, distinto al que ahora regía las vidas de los Guotshu, se levantó lentamente para acercarse a la figura. Ésta impuso sus manos y una luz blanca inundó el lugar, cegándoles a todos y obligando al encorvado guerrero a cubrirse la cara. Cuando cesó, algo había sido enterrado bajo el suelo. La figura terminó su arenga y los ancianos se inclinaron ante él. El resto se puso inmediatamente de rodillas, Shun incluido, en señal de veneración y respeto. Al incorporarse, aquella especie de dios viviente ya no estaba, aunque podían notar su poder por toda la sala.

Pero de pronto, las imágenes que todos los compañeros percibían, se aceleraron hasta el infinito en una vorágine de sensaciones y recuerdos que acabaron de repente en oscuridad. No había nada en aquel espacio, sólo paz. Como si su alma estuviera descansando en algún punto intermedio entre dos vidas.

Kitetze caminaba lentamente alrededor del sus compañeros, observando su expresión.

Lentamente, la sacerdotisa los estudiaba. Pasó por delante de todos y cada uno varias veces hasta que decidió hacer algo más que mirar. Cuando llegó frente a Terroll, sin duda el que más había sufrido de todos a lo largo de su vida, vio los ojos cerrados del verdugo y parecía estar tranquilo, pero bajo los párpados, aquellos ojos duros se movían frenéticamente, como una persona en pleno sueño.

Kitetze, inconscientemente, alargó lentamente una mano y, con la punta de los dedos, acarició a su compañero en el pómulo.

En ese momento, una oleada de energía invadió su cuerpo y tuvo que esforzarse al máximo para no sucumbir. Pero tampoco podía apartarse. Estaba completamente pegada al verdugo.

Cuanto más luchaba, mayor era el dolor que sentía, así que decidió no hacerlo y dejarse llevar. Por supuesto, sabía que aquello no sería una buena idea, pero por otro lado, tal vez le ayudara a saber qué les ocurría a sus nuevos amigos.

Para su sorpresa, el dolor cesó gradualmente y sintió una energía vagamente familiar. Su mente viajó a través de un túnel de miles de colores, como un agujero de gusano mental del que salió de repente.

La imagen era terrorífica.

Se vio a si misma sobre una colina. El cielo a su alrededor era de color rojo por el fuego que estaba consumiendo el mundo y a sus pies, cientos... no, miles de cuerpos sin vida yacían tras lo que habría sido una cruenta batalla.

Con lágrimas en los ojos miró a su alrededor y descubrió que no estaba sola.

Con un fuerte grito, todos salieron del trance, aunque inmediatamente cayeron al suelo, inconscientes. Incluida Kitzze, unida en ese momento a Terroll, sintió un exceso de energía mientras la escena que estaba viviendo desaparecía en la nada.